

## Presentación

Takeshi Fushimi

¿Cuáles son los problemas que rodean al fenómeno de la inmigración? En los últimos años, gracias a la creciente “globalización”, esta pregunta ha vuelto a adquirir una importancia vigorosa. Sin caer en exageraciones, el proceso globalizador ha promovido, desde distintos niveles, la disolución del sistema del Estado-nación.

Desde un nivel superior, la tendencia actual de la economía ha obligado a la integración de los mercados nacionales para formar otros más amplios a nivel interregional. Mientras, desde un nivel inferior, la expansión de los medios de comunicación, la tecnología informática y el turismo ha establecido vínculos transnacionales entre los individuos y grupos de distintas partes del mundo. Aunado a lo anterior, la “globalización” ha implicado también una fragmentación social. Actualmente, no es necesario identificarse con el Estado; existen otros tipos de vinculación étnica, religiosa o regional que han logrado convertirse en elementos importantes. Inclusive, éstos en algunos casos han terminado por generar conflictos (no menos graves) en varios lugares.

Empero, este doble proceso de la “globalización” no inició hace unos cuantos días. El fenómeno de la emigración constata que su evolución ha sido sumamente vieja. En este sentido, no es descabellado decir que las olas de inmigración son los movimientos pioneros de la “globalización”. Desde épocas muy

remotas, los inmigrantes han sabido establecer lazos coterráneos, trascendiendo la territorialidad de cualquier entidad política. Es por eso que sus vínculos y redes permiten la integración de un espacio más amplio, al tiempo que generan también conflictos locales en las sociedades adonde inmigraron.

Es claro que ellos viven en una sociedad, pero al mismo tiempo tienen y mantienen una memoria o identificación con otra sociedad en el exterior. Esta dualidad representa, a veces, un problema para su integración en la sociedad receptora. Con base en estos argumentos, los problemas históricos de la migración nos ofrecen varias perspectivas para una mayor comprensión del mundo actual. Para constatar esto, no hay que ir muy lejos. Tenemos el caso de los mexicanos, un pueblo con una larga tradición de migración. Y para casos más viejos, tenemos a los grupos étnicos de África, cuya diáspora es tan vieja como la historia de la humanidad.

Ahora bien, dentro de este universo de inmigraciones, un grupo protagónico en la historia ha sido el de los chinos, especialmente los que viven en las zonas costeras del sureste de China, como Guangdong (Cantón) y Fujian. Estas regiones están lejos de los centros políticos de China y sus habitantes hablan varios dialectos chinos, como el cantonés o el hokkiense, cosa que ha impedido mejorar su comunicación con la gente de Pekín. Así, estas regiones estuvieron más abiertas a las vías marítimas del sudeste y este de Asia, como a las islas meridionales del actual Japón y hasta Indonesia y la península malaya.

No se sabe con exactitud cuándo comenzaron sus emigraciones a través de estas rutas, pero se considera que más o menos en el siglo XII estos grupos empezaron a tener presencia en distintos lugares de Asia, especialmente en las ciudades portuarias, gracias al crecimiento comercial desarrollado en estas regiones. Fue en la época dorada del comercio interregional de Asia cuando estos chinos recorrían en sus famosos barcos de junco o sampán estos puertos, conectando las diversas regiones de Asia. En cada uno de estos sitios se fueron formando barrios chinos, y muchos de estos hombres decidieron casarse con las nativas, generando culturas mestizas.

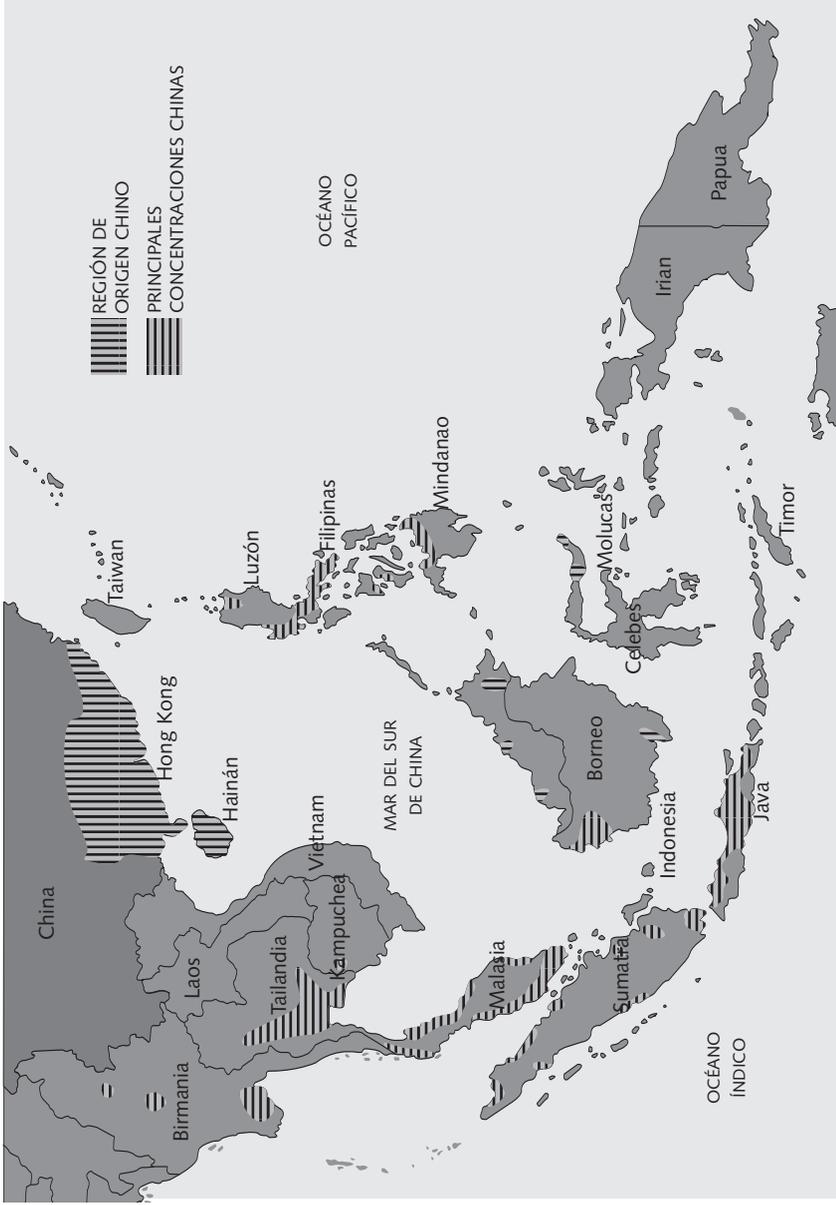
Los europeos de la época de los “Grandes Descubrimientos” nos han dejado algunas descripciones muy vívidas de estos inmigrantes chinos. Por

ejemplo, los españoles establecidos en las islas de Filipinas tuvieron contacto con ellos, quienes habían formado numerosas comunidades en el Parián o el Alcaicería, donde no solamente se dedicaban a comercializar, sino que también tenían diversas profesiones como panaderos y carniceros. Sin su presencia, la vida cotidiana de Manila no se hubiera podido sustentar.

Este flujo migratorio se intensificó en el siglo XIX, por la necesidad de las potencias europeas que enfrentaban una crisis de demanda laboral en sus colonias. De este modo, muchos chinos migraron hacia el sudeste de Asia bajo condiciones laborales muy duras e inhumanas. Otros fueron llevados, por su parte, hacia las Américas y Australia, normalmente bajo la denominación de *culés*. Este flujo migratorio de cantoneses continúa hasta hoy en día, pero también se han sumado chinos de otras regiones. En la actualidad, los chinos residentes en el extranjero son llamados, en cantonés, *huaqiao* y *huaren*, dependiendo de si están nacionalizados o no en el país destinatario. El número de estos chinos alcanza los 30 millones, probablemente más, concentrándose la mayor parte en Sudeste Asia. Su grado de asimilación varía según los grupos, los países a los que emigran y las distintas épocas históricas, pero en muchos casos mantienen sus lazos familiares o de origen natal, desarrollando diversas actividades económicas y culturales.

Aunque la mayoría eran obreros, campesinos y pequeños negociantes, algunos de estos *huaqiao* y *huaren* lograron establecer con sus ahorros empresas, o bien invertir su dinero en negocios, muchas veces a gran escala. Su actividad económica ha contribuido al desarrollo económico de cada sociedad destinataria, especialmente en países del sudeste de Asia, como Singapur y Malasia. En este sentido, antes de que comenzara el sorprendente crecimiento económico de la República Popular de China en los últimos años, hubo otro crecimiento “chino” en el que los protagonistas fueron los chinos que emigraron hacia el exterior. En la actualidad, Pekín ha buscado restablecer los vínculos con estos *huaqiao* para así utilizar sus recursos económicos y humanos. Dicho de una manera más sencilla, las dos economías chinas vuelven a cruzarse.

Sin embargo, la relación entre China y los chinos no siempre ha sido amistosa. En algunas ocasiones, los mandatarios chinos los han considerado como



La diáspora china en el sudeste asiático (alrededor de 20 millones de individuos)

rebeldes o disidentes y han querido cerrarles las puertas. En otras, el gobierno intentó utilizarlos para fortalecer su presencia imperialista en las regiones circunvecinas. Ahora bien, con el establecimiento de la República Popular de China, su relación se ha vuelto aún más compleja. Algunos *huaqiao* mostraron su simpatía por el Partido Comunista, pero otros decidieron rechazarlo, identificándose con el gobierno de Taiwán o con la sociedad receptora. Así se fomentaron ciertas fracturas políticas entre ellos. En otras palabras, las políticas chinas tienen un peso considerable en las posiciones de estos chinos residentes en el extranjero.

Por otra parte, los *huaqiao* también han sido un objeto político en las sociedades destinatarias. Aunque muchos de ellos han sustentado el desarrollo económico de estas sociedades, eso no significa que su aportación sea siempre bien recibida. Por ejemplo, la política *bumiputera* o pro-nativos, implementada desde 1971 por el gobierno malayo, ha restringido las actividades de los chinos residentes, con el objetivo de favorecer las actividades económicas de la gente local.

Asimismo, los *huaqiao* suelen mantener su nacionalidad china o, aun estando nacionalizados, crean lazos sentimentales, familiares, terrenales y a veces políticos con China. En ocasiones esta vinculación evoca entre la gente local un sentimiento de terror, asociándolos con la china roja, una idea respaldada por Estados Unidos. De igual manera, en la década de los setenta, cuando la relación entre China y la Unión Soviética se hizo conflictiva, Moscú promovió la idea de que los chinos residentes planeaban una conspiración. Esta asociación de los chinos con una supuesta amenaza china tiene cierta fuerza aún en la actualidad, ya que Pekín sigue mostrando cierto interés expansionista en los países circunvecinos, sobre todo en la esfera económica.

De este modo, los chinos se presentan en algún momento como un problema para la integridad y seguridad nacionales. De ahí que los gobiernos del sudeste de Asia hayan optado por tomar ciertas políticas o propagar una imagen negativa de ellos, para así lograr la solidaridad nacional.

Sin duda, tenemos un rico material que analizar y esto explica por qué, desde hace tiempo, los estudiosos en la materia han intentando analizar la complejidad del problema. Este propósito, sin embargo, no es nada fácil de

realizar, ya que el fenómeno no encaja en los métodos tradicionales de la historia y las ciencias sociales. La transnacionalidad, movilidad e identidad cambiante son, entre otras cosas, características que ponen en peligro algunas premisas de estas disciplinas, como la territorialidad, el Estado-nación, la identidad transparente, etcétera.

Es por eso que, aprovechando la oportunidad que nos ha brindado *Istor*, quisiéramos presentar a los lectores de habla hispana la situación de este complicado universo de las diásporas chinas. Los artículos reunidos aquí muestran, de alguna manera, la complejidad de estos problemas, así como el esfuerzo para buscar métodos y planteamientos alternativos, con el fin de tener así una mayor comprensión de la migración y la globalización actuales. ❧